

«El Evangelio es eterno»

ORACIÓN

para la devoción privada

Oh Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que tanto amaste a los hombres que nos diste tu misma vida en tu Hijo y el Espíritu Santo, viniendo los Tres a morar en nosotros; envíanos tu Espíritu, para que conozcamos el amor que nos tienes y creamos en él, de manera que nos impulse a dar la vida para la edificación de tu Iglesia Santa. Tú que hiciste a tu sacerdote JOSÉ RIVERA admirable por su confianza en tu gracia, concédenos por su intercesión el don de una vida intensa de oración y mortificación, por la que podamos gozar de la intimidad del Crucificado y salvar con Él a muchos hermanos. Que tu gloria brille en el reconocimiento de su santidad por parte de tu Iglesia. Concédenos por su intercesión el favor que ahora te pedimos... Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.



SIERVO DE DIOS

JOSÉ RIVERA RAMÍREZ

sacerdote diocesano

BOLETÍN N.º 17

TOLEDO. OCTUBRE, 2005

De sus escritos...

Comienzo la oración a las 9,40 de la noche, con intención de rematar la de hoy, y unirla a la de mañana, y a la lectura que no he podido hacer durante el día, meditando algún capítulo del Apocalipsis. Sensación de ascenso. Me siento más fuerte en todos los sentidos. Y eso que, ni he dormido cosa mayor, ni me he echado siesta, ni he comido apenas. Más conciencia de lo poco que cuesta evitar las vanidades, y la inmensa mejora que suponen tales actos de dominio.

Las consideraciones de Barsotti sobre la profecía: crea el fin, el paso del tiempo a lo eterno. Aunque parezca lo contrario, cada acto cristiano, realmente cristiano, nos sitúa, sólo parcialmente desde luego, fuera del tiempo. Que no lo percibamos, no engendra dificultad para saberlo. Yo voy haciéndome eterno, a medida que vivo de la acción de Cristo resucitado. Ya me he acostumbrado a vivir fuera de la comprensión de las gentes, que viven en el tiempo, y están enajenadas por él y en él. Y en el grado que voy siendo eterno, voy siendo capaz de juzgar el tiempo, los acontecimientos, en su aspecto temporal. Vivir en el tiempo es lo que llamo, atinadamente, desvivirse, perder la vida. Situarse en el infierno. La acción cristiana me coloca en la eternidad, porque me identifica con Jesús, que es ya eterno. Por lo mismo, mi palabra sacerdotal no se fija en el tiempo, sino que pronunciada en el tiempo, ubica al oyente en la eternidad. Le saca del tiempo. Toda palabra, de boca de sacerdote, que fija en el tiempo, es indebida, inconveniente, destructora.

Es cierto que somos hijos de nuestro tiempo; pero eso es, no más, que el material convertible. Hemos de pasar a pertenecer a la eternidad, a pasar fuera del tiempo. Y todas las monsergas sobre la adaptación al tiempo, o son expresiones torpes de una realidad genuina, o son expresiones genuinas de una falsedad. En rigor, el tiempo se ha terminado con la resurrección de Jesús; los tiempos posteriores no tienen otro sentido, que poder ir sacando a los hombres fuera del tiempo, en que se desviven, para que vayan paulatinamente viviendo en la eternidad. Esta es la grandeza de la misión del cristiano. Uno de los aspectos, que explican la impopularidad del cristianismo. Siempre que ha habido cristianos adultos -operantes como cristianos- han sido perseguidos. No por los ricos, no por los poderosos, sino simplemente por los hombres de este mundo -pobres y ricos en el tiempo- que se aferran al tiempo. De ahí, la novedad continua, inagotable, del evangelio. Es nuevo respecto de cualquier época, porque toda época es temporal y el evangelio es eterno, es la expresión de la eternidad.

Hay actitudes que no son solamente antievangélicas, sino radicalmente antievangélicas. Una de ellas es el aprecio actual del tiempo, del desarrollo, de la revolución, del ansia de crear un tiempo aceptable en la tierra...

El Apocalipsis enuncia un acontecimiento: uno. Por eso, es vano intentar acertar los sucesos temporales señalados.

Momento a momento, durante cada día, la palabra de Dios nos llama a sí, a la eternidad. Responsabilidad: sólo desde la cima de la santidad podemos ser eficaces: pero la santidad es eterna por definición, puesto que es participación de la Santidad; de la naturaleza eterna de Dios, el Santo.

De nuestra memoria...

El recuerdo que yo guardo de D. José es extraordinario. Estoy convencido de que subirá a los altares. Yo testificaría muy a gusto, a su favor, sobre sus virtudes heroicas.

Resumiría su vida y su mensaje en estas palabras: vivía lo esencial. Era un hombre de Dios. «Un peregrino de lo Absoluto». Una vez me hizo esta confidencia: «Yo no hago otra cosa que estudiar a Jesucristo, hablar con Jesucristo y hablar de Jesucristo». Aunque es peligroso hacer comparaciones, mi admiración por D. José se apoya precisamente en que el descuella sobre nuestra vida sacerdotal, generalmente bastante mediocre.

Sé, por testimonios diversos y por intuición personal, que era un hombre de oración, de oración “abundante”, que decía él. Cuidaba mucho la liturgia y la celebración de la Eucaristía. Y en ese contacto con Dios, en ese dedicar su vida a «hablar de Jesucristo», encontraba la fuerza y la convicción que fluía de sus palabras. Él estaba por encima de las comidillas y cabildeos clericales y curiales. Perdía poco tiempo con la prensa. Si la encontraba a mano, en 5 minutos y de pie, leía los titulares. « Y el televisor había que tirarlo a la basura». Pero vivía muy a fondo los problemas de la Iglesia y del mundo. Él iba a lo esencial.

Era un hombre de estudio, de cultura amplia y profunda. Le quitaba muchas horas al sueño para rezar y estudiar. Era un hombre de convicciones y seguridades, y, también por este motivo, acudían muchos a él. Era un verdadero maestro de espiritus, un experto guía de almas, que estimulaba y respetaba, que daba confianza y seguridad. Yo lamentaba que entre el clero de Toledo no fuera bastante aprovechado su magisterio.

Con frecuencia venía a mi habitación a confesarse. Me impresionaba su auto-exigencia y finura espiritual. Hilaba muy fino. Yo, pobre de mí, no me atrevía a darle consejos. Le decía que él mismo sugiriera la penitencia, y yo, simplemente, le daba la absolución. Así que para mí era muy fácil,

pero yo sacaba provecho de su actitud interior. No tuve mucho trato con él, pero lo suficiente para descubrir en él la práctica eminente de las virtudes: fe, esperanza y caridad. También resplandecían en él la prudencia, la justicia, una gran fortaleza, la templanza y la austeridad. Y el buen sentido del humor.

La piedra de toque para saber si el amor a Dios es auténtico, si la vida espiritual es verdadera, es ver si todo se traduce en obras de caridad, en amor al prójimo. Y eso lo vivió D. José en grado eminente. Todos los pobres acudían a él, lo daba todo, vivía siempre entrampado, vivía pobremente y pobremente viajaba. Muchas personas le ayudaban con sus bienes para que él pudiera llegar a más pobres.

Una vez fui al Hospital del Valle a ver a un enfermo, y junto a él estaba un señor mayor también enfermo, del pueblo de Totanés, acompañado de su esposa. Yo sabía que D. José había estado un año como párroco de este pueblo. Les pregunté si se acordaban de él y me contestaron con emoción que nunca lo podrían olvidar: «Era un santo, era un santo —repetían—. Lo daba todo, se quedaba sin nada. Yo creo que hasta debía pasar hambre, pues se sabía que lo entregaba todo». Y esto lo decían después de más de 40 años de la estancia de D. José en aquel pueblo.

En una ocasión se enteró de que una pareja no tenía donde dormir. D. José les proporcionó somier y colchón. Cuando alguien le insinuó que no estaban casados, D. José contestó: «Bueno, en algún sitio tendrán que dormir, ¿no?».

También los gitanos acudían a él. Ellos mismos le llamaban “el padre de los gitanos”. En el entierro se empeñaron en llevar el ataúd.

En resumen, yo admiraba profundamente su sabiduría y su virtud, y ante él me sentía como un pobre liliputiense.

Justo López Melús, pbro.

COMEDOR «JOSÉ RIVERA»

En la parroquia Inmaculada Concepción, en la misión de Villa el Salvador (Lurín, Perú), un laico, padre de familia, después de leer la semblanza del siervo de Dios José Rivera, tuvo la idea de abrir un comedor para ancianos. Él mismo se encargó de buscar a lo largo de la extensa parroquia a los ancianos que vivían solos y abandonados. Así comenzó con 18 ancianos, ofreciéndoles acogida y una comida buena y abundante todos los domingos (los demás días reciben su alimento en comedores públicos). En una casa de la parroquia que estaba vacía y que ahora alberga otras iniciativas de servicio a los más necesitados —la “Casa de la caridad”—, se puso en marcha este comedor. Tanto la acogida de las personas como la preparación de la comida corre a cargo, por turnos, de las diversas comunidades cristianas de la parroquia. Con indescriptible alegría cocinan para ellos, les agasajan, cantan y oran con los ancianos, les leen y explican el Evangelio y conviven con ellos compartiendo su fe y animándoles en sus sufrimientos. Incluso hay quien se encarga de transportarlos con su moto-taxi. También dan a conocer la figura del siervo de Dios José Rivera, a quien reconocen en esta iniciativa de caridad, leyendo algún texto de sus escritos o relatando algún aspecto de su vida. De este modo, el comedor se ha convertido en un centro de evangelización en el que los ancianos, además del alimento material, reciben el espiritual. En los dos años que lleva de funcionamiento muchos han recibido los sacramentos. Actualmente son 52 los ancianos que cada domingo reciben la caricia de Dios a través de la caridad de los hermanos y experimentan la cercanía benéfica del siervo de Dios que desde la foto que preside el comedor les sonríe. Sin duda alguna que Don José desde el cielo disfruta con esta iniciativa a favor de los más pobres que se mantiene enteramente de la Providencia. **(Quien desee colaborar puede hacerlo por medio de la cuenta de la Fundación “José Rivera” indicando: “para el comedor”).**

Como saben, la Fundación continua distribuyendo gratuitamente las diversas publicaciones, incluidas las que piden de América, con los consiguientes gastos de edición y correo. Hasta ahora nunca han faltado las ayudas económicas, pero últimamente escasean. Es una invitación para quien se sienta llamado a colaborar con su aportación.

*Para los donativos, ingresar en:
TOLEDO, Banco Central Hispano;
C/C 0049-2604-41-1811068090*

Agradecen favores...

I. M. (Mora-Toledo): Hace unos meses mi madre sufrió un infarto. A los 3 días se produjo una complicación muy grave: un orificio intervascular mezclaba la sangre; en consecuencia, la muerte en pocos días. La operaron a vida o muerte; nos dijeron que las posibilidades de que saliera adelante eran escasísimas (de 800 casos sólo dos salían adelante). Un hermano me sugirió que la encomendase a D. José Rivera. Él también conocía la situación y había estado en el mismo lugar. Así lo hice y mi madre ha salido adelante. Quiero agradecer al Señor esta gracia que siento me ha concedido por la intercesión de D. José.

Isabel C. (Toledo): Quiero expresar mi agradecimiento a este santo sacerdote de Toledo. Habiendo experimentado en mi familia problemas, para mí difíciles de soportar, me puse en sus manos rezando la oración que para tales casos se puede hacer. Cuando rezaba sentía una paz y una calma y su mano de cerca como diciéndome: ten paciencia que todo se arreglará. He visto cumplido mi deseo por lo cual doy gracias a esta alma que goza de la presencia de Dios y espero que pronto podamos verle en los altares.

Rogamos comuniquen a esta Postulación las gracias obtenidas por la intercesión del Siervo de Dios José Rivera.

**CAUSA DE CANONIZACIÓN
D. JOSÉ RIVERA RAMÍREZ
Apdo. 307. 45080-TOLEDO.**

**Imprimatur: ✠ Antonio Cañizares,
Arzobispo de Toledo
1 de octubre de 2005**